

Neruda a los 60 años

por

Sebastián Salazar Bondy

6

Pocos escritores de hoy entre los que escriben y escribieron en español —incluido García Lorca, quien se impuso como símbolo de algo más que de una lengua y de una poesía— han alcanzado la dimensión mundial de Pablo Neruda. Desde su inicial “Crepusculario” hasta sus recientes poemas de amor —que ya no son los últimos versos que ha escrito y publicado, pues su infatigable fuerza creadora es un “rayo que no cesa”— el gran cantor ha recorrido un largo, riquísimo itinerario. Absurdo es tratar de decir, en ocasión de su sexagésimo aniversario, algo que no se haya expresado ya en vastos ensayos o que mañana será expresado en estudios que abarquen todo el océano poético de su obra. Alguien, “cum granum salis”, ha dicho que Neruda no es simplemente un poeta sino una “siderúrgica de poesía”. El humor ha dado paso, en la “boutade”, a una verdad: poesía abundante, maciza, integral, tensa, sonora, la del poe-

ta chileno es cual el acero, brillante también como el metal, azul de cielo y, al mismo tiempo, terráquea, ígnea, humana.

Mídase, para medir su grandeza, la influencia que ha ejercido en la lengua lírica de América Latina y España. Varias generaciones aprendieron de él, no las formas y estructuras, o el mecanicismo imaginista, fáciles de imitar en él o en otros, sino la multiplicidad de posibilidades de una lengua a la cual la gravidez clásica parecía haber desollado de potencialidades creadoras. En Neruda supimos cuán hermosa, cuán plena de recursos, cuán mágica pese a su realismo, era la lengua de Castilla, y cómo nuestro modo mestizo de ser —y no hay que olvidar que el idioma es el ser— suavizaba sus aristas, redondeaba sus convexidades, revalorizaba sus ecos más íntimos y profundos. Ahí está ese terrible gerundio —al que los gramáticos siempre miraron con horror y respeto— que

Neruda empleó como un instrumento, como una cuerda disonante pero altamente musical. Los temas no fueron menos: desde aquellos lugares comunes singularizados (“Puedo escribir los versos más tristes, etc...”) pasando por los himnos al vino, a la madera, a la cebolla, o el tango de la viudez, hasta “Alturas de Machu-Picchu” o las “Odas Elementales” (que eligieron al hígado o al diccionario, llana e indistintamente, como sus motivos, todo se hizo poesía en su palabra, en una lección de poder emocional y de expresión que asombrará más cuanto más pase el tiempo sobre sus páginas y las limpie de toda circunstancialidad.

Amado Alonso creyó encerrar el misterio nerudiano en un ensayo, memorable menos por sus resultados que por el prolijo quehacer de desmontar los poemas de “Residencia en la Tierra” pieza oral por pieza oral, pero el

poeta, como Picasso con sus propios exégetas y epigonos, desmintió el supuesto cifrado de sus evocaciones con un cambio de rumbo de un solo golpe de timón. Sólo un peruano, en un trabajo olvidado (el análisis de Walter Peñaloza publicado en la fenecida revista “3”), me parece que se aproximó hasta el meollo de la poesía nerudiana sin la pretensión de develar todos sus enigmas pero con la certeza de interpretar, mediante razón y sensibilidad, el lenguaje particular de sus imágenes. Sin embargo, siempre, tras las sucesivas lecturas, queda algo inédito en la poesía de Pablo Neruda. Algo siempre vivo, palpitante, imprescriptible. Ningún conocimiento agota esta eclosión lírica, como no la agota en ningún grande: Dante, San Juan, Baudelaire, Vallejo...

Cumple Pablo Neruda sesenta años. La fecha de su natalicio es y será la fecha de su poesía. Saludemos los primeros sesenta años de su obra eterna.

